

LA FAMILIA

PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 15 DE ABRIL DE 1891

NÚM. 17



LA ORACIÓN DE LA NIETA

LA ESCALERA

Subiendo una escalera
grada por grada,
llegó un Mozo á la cumbre
de una atalaya.
Por ir á brincos,
otro muy impaciente
rodó hecho añicos.

LA TINTA Y EL AGUA

Dijo á cien gotas de Agua
una de Tinta:
— ¡Reuníos conmigo;
seamos amigas!—
En mala hora
se unieron, porque negras
quedaron todas.

LA DIFERENCIA

Gritó el Agua podrida
al Agua clara:
— ¡Las dos somos iguales
pues somos aguas!
— Nó (la dijo ésta);
entre lo limpio y sucio
hay diferencia...

LAS MANCHAS

Trabajaba afanoso
un mal Chiquillo,
por sacar unas manchas
de su vestido;
y su Maestro
le dijo:— ¡Limpia el alma
con ese esmero!

LA HONRA

— Padre, ¿veo que tu honra
mucho la estimas?
— ¡Más que nada en el mundo;
más que la vida!
Desde el colegio,
conservarla es preciso
cual limpio espejo.

APOLO, LA MUSA Y MOMO

Con la Musa festiva,
jugaba Apolo
en el Parnaso; y, torpe,
metióse Momo.
— Tú, (le dijeron),
entrar aquí no debes.
¡Véte, grosero!

LA RELIGIÓN

— ¿Religión? No la tengo.
¿Para qué sirve?
— ¡Para elevar el alma
á su alto origen!
Quien la desprecia,
de todos sus deberes
puede hacer bafa.

LA SUERTE Y EL ALBEDRÍO

— ¡No hay tal suerte! (gritóle
un Juez severo
á uno que fué su amigo
en el colegio).
¡Nuestro albedrío,
de mí ha hecho un magistrado;
de ti, un bandido!

LA SOLA DICHA ESTABLE

— ¡Salud, riqueza, amigos,
glorias y amores,
todo acabó; y hoy quedo
aislado y pobre!
— ¡Busca en las Letras,
la sola dicha estable
que hay en la tierra!

Santiago, marzo de 1891.

LA FLOR Y EL COLORISTA

— ¡Insensato! (á un Colorista
le gritó una fresca Flor,
á quien él pintara deseaba
para darle perfección);

¿no comprendes, presuntuoso,
que es divino mi color
y que haber no puede artista
que aventaje al mismo Dios?

Santiago, 1889.

EL PEÑÓN Y LA OLA

Quejumbroso, el Peñón dijo á la Ola:
— ¿Hasta cuándo me hieres sin piedad?
Ella, violenta, respondió: — ¿Hasta cuándo
me impides tú, salir en libertad?

Valparaíso, 2 de febrero de 1890.

EL PLANETA Y EL SOL

En el idioma propio de los astros,
dijo al Sol, un Planeta, de este modo:
— ¡Quién como tú, que más feliz que nadie
vas cruzando los ámbitos inmensos!

Rey de los cielos, de inmortal esencia,
con propia vida, sin marcada ruta,
sigues camino eterno, contemplando
un mundo, y otros mundos é infinitos...

¡Triste de mí, que, esclavo miserable,
á tu atracción eternamente preso,
giro en órbita estrecha, y solo vivo
por la merced que me haces de tu rayo!

Y el Sol, así solemne respondióle:
— ¿Yo el señor de los cielos? yo con vida
inmortal? yo siguiendo, á mis antojos,
camino entre los mundos infinitos?

¿Yo Dios?... ¡Ay, hijo mío, y no mi esclavo!
¡ay, y cuánto te engañas! Ni soy libre,
ni viviré por siempre; mas, sujeto
marcho á la ley de quien el mundo ordena.

Markada está mi ruta, que en mis ansias
de libertad, encuentro reducida;
y á la atracción de un sol más poderoso,
debo, cual tú me debes, obediencia.

¡Y he de acabarme! Decreciendo á pausas,
va este fuego que os da calor y vida;
y en tiempo ¡ay! que para mí son cortos,
ha de llegarme el frío de la muerte...

Sí, todo muere y todo se transforma
según el orden del Creador Eterno.
¡El sólo vive en libertad suprema!
¡El sólo es infinito é inmutable!

BELISARIO GUZMÁN CAMPOS

Santiago, 1889.

EN UNA TARDE

(FANTASÍA)

La tarde trae consigo el silencio. Cada cual se siente movido á la melancolía en presencia de una tarde tranquila y poética. El sol se escondió lentamente para dejar paso al romántico astro de la noche; la luna aparece llena de timidez y de dulzura, convidándonos, á unos á la meditación, á otros al amor.

A veces, cansada del bullicio, me retiro á un sitio escondido para contemplar mejor la obra de Dios en la naturaleza; desde ahí mi vista abarca un grupo de flores que me traen en su aroma mil recuerdos queridos; más allá, una fuente cristalina corre llevando quizá las lágrimas de tantos seres que sufren como yo... A la distancia se alcanza á oír el tierno canto de despedida que los pajaritos hacen al día que concluye. Poco á poco avanza la noche; una que otra estrella despide pálido fulgor.

De súbito, como quien despierta de un sueño inverosímil, oigo la voz de alguien, que, acompañado de una guitarra, cantaba una de esas melodías que nos transportan, en alas del entusiasmo, á un cielo de dicha. Permanecí durante largo rato en este éxtasis, hasta que, medio envuelto en la sombra que hacían un conjunto de árboles, pude ver la figura de un hombre que se paseaba á ratos y después cantaba, pero todo esto hacía como movido por un impulso de que él no se daba cuenta. Quise interrumpirlo en su paseo, pero él dulcemente me rechazó. A los pocos días volví con una amiga, quien en el acto que lo vió me dijo que ese hombre estaba con su razón un poco perturbada; creo, me añadió, que hoy hablará con nosotras, pues en un tiempo fuí su amiga y quizá me reconocerá. Muy poco tuvimos que aguardar para escuchar su canto; entonces nos fuimos acercando con mucho cuidado, para no ser sorprendidas. Apenas nos vió nos hizo un pequeño saludo; mi amiga trató de preguntarle algo, pero él prometió contarlos al día siguiente los secretos de su corazón.

Hacia ya rato que esperábamos esa tarde, ansiosas por saber la vida de nuestro amigo. No tardó mucho en llegar, y después de hablarnos, se sentó á nuestro lado, pudiendo yo así contemplar la bella fisonomía de aquel hombre. No podía tener más de veintiocho años; su estatura, más bien alta, tenía aire distinguido y elegante; sus grandes ojos negros parecían la puerta del amor; su boca, melancólica, se entreabría de vez en cuando para dejar ver una fila de dientes que deslumbraban por su blancura.

Después de un largo suspiro, verdadero sollozo del alma, nos dijo con voz enternecida:

— ¡Ah! ¡cuántas veces, en este sitio, he sido el más feliz de los hombres! Ella á mi lado, dulce y risueña, deshojando flores hasta hacer una alfombra que cubría nuestros pies; yo templando mi guitarra, extasiado en su hermosura. ¡Cuántas veces nuestros ojos y nuestros labios se encontraron, y ciegos de amor quisimos detener el tiempo, que, severo y cruel, nos llevaba nuestra dicha!

Así pasábamos nuestras horas, tranquilas y puras como esa luna que nos alumbraba; pero la ambición, ese huracán horrible, arrastró furioso nuestros ensueños de amor, nuestros días de ventura. Otro hombre me la arrebató porque tenía dinero, y yo sólo tenía corazón; su padre, viejo miserable, también consintió en vender á su hija. ¡Ah! ¡yo la amaba tanto! Ella, ingrata, me abandonó, dejándome tal vez morir con las últimas hojas de otoño...

Sacando de su pecho un retrato que cubrió de besos y de lágrimas se dirigió á mí, diciendo lleno de entusiasmo:

— ¿No es verdad que es muy bella?

Haciendo un esfuerzo supremo pude ahogar un grito de sorpresa; mi amiga hizo otro tanto. La mujer que acabábamos de ver retratada, hacía algunos días había estado implorándonos la caridad. Su marido, hombre depravado, malgastó en pocos meses la bonita fortuna de esta pobre joven, dejándola en la miseria y huyendo en seguida; este hombre no sólo se contentó con dejar en la pobreza á su esposa, sino que, por medio de maquinaciones infernales, dejó arruinado al viejo suegro, único acreedor á la desgracia que ahora los perseguía.

Viéndonos en silencio, nos interrumpió, lleno de tristeza:

— ¿Acaso os parece mal? ¿Por qué no me contestáis? ¿También vosotras participáis de mi dolor, no es así? Sí, sois tan buenas como bellas; no podía yo esperar otra cosa que la compasión.

Y volviendo á coger el retrato lo guardó cariñosamente en su pecho.

Llorábamos en silencio y reflexionábamos: ¡cuánto poder tiene la avaricia para seducir los corazones!

Muchas veces rechazamos con energía la mano del destino; entonces él se encarga de vengarse, y ya no podemos sujetar esa mano que una vez despreciamos.

¿Había ingratitud en el alma de esa mujer? No, sólo su corazón se sintió ofuscado con el ruido del oro, y su arrepentimiento unido á la pobreza debían de ser para ella el más terrible torcedor. Su padre la arrebató al puro cariño de su primer amor; él entonces debía esperar su castigo...

Se acercaba el otoño con sus aquilones. Los árboles se desvestían de sus hojas amarillentas, quedando como verdaderos esqueletos. Las flores habían desaparecido, quedando sólo uno que otro botón de rosa; la naturaleza entera se disponía á entrar en el sueño de algunos meses.

Yo iba con muy poca frecuencia al «sitio de los recuerdos», como lo llamábamos con mi amiga; mi alma participaba de la tristeza de la estación; el único atractivo que me llevaba era ver á mi pobre amigo, para consolarle y aconsejarle distraerse y olvidar todo lo que le hacía sufrir. A pesar de mis esfuerzos nada podía conseguir; siempre su contestación era la misma:

— Sólo espero, me decía, verla otra vez para morir tranquilo. ¿Qué es para mí el mundo entero si me falta su amor? Tal vez en este momento estará rodeada de las caricias de su compañero, mientras tanto yo, muero abandonado de todos...

Su existencia se debilitaba por momentos; no quería alimentarse. Así alcanzó á pasar algunos meses; por fin, venció la materia.

Un día, y el último de otoño, su alma voló junto con las postreras flores arrebatadas por la brisa helada de la tarde...

Su cadáver se encontró á la orilla de la fuente; la luna despedía sus pálidos rayos, que alumbraban el fúnebre cuadro de la muerte; en sus manos oprimía el adorado retrato; á sus pies y como la estatua de la expiación, estaba una mujer arrodillada, y envuelto su cuerpo en negro velo...

VIOLETA

Santiago, 5 de marzo de 1891.

LA TORRE EIFFEL

HISTORIA VERDADERA

(Grabados de Jorge Copsy)

I



RA difícil hallar una dueña de casa más seductora que Panchita. Casada desde hacía dos años con Andrés Cambiaso, excelente sujeto, no se figuraba que alguien en la tierra pudiese ser más feliz que ella... y él.

En efecto, ni la más tenue nube había empañado el, hasta entonces, cielo de rosa de ese matrimonio de amor.

El mayor pesar de Panchita era el no haber ido á París á visitar la Exposición del 89.

— Pero, hija, le observaba su esposo, habría sido locura emprender tan largo viaje, teniendo nosotros que arreglar el nido, formarnos un pequeño núcleo de relaciones y corresponder á las finezas de toda la parentela. ¿Y para qué tanto afán? Las exposiciones se parecen todas. ¿Te acuerdas de la que hubo en Santiago en 1885? La de París habrá sido algo más grande... única diferencia.

— La Exposición, por sí sola, nada me habría importado, replicaba Panchita; pero esa torre, alma mía, esa célebre torre Eiffel que yo quisiera contemplar de cerca, escalar hasta la cúspide, medir con mis propios pasos, para convencerme de si es cierta su prodigiosa altura.

— Vamos, vamos, el año 1900, aún seremos jóvenes, mujercita, y para esa fecha te doy mi palabra de marido complaciente que iremos á ver el objeto de tus desvaríos.

— ¡Qué gracia! ¡y si en el intervalo se derrumba? ¿Si la derriba un terremoto?...

— ¡Calla! ¡si Eiffel te oyera!

Para el año nuevo su suegro le había mandado una torre Eiffel hecha de turrón, y su padre le había regalado dos volúmenes in folio, magníficamente encuadernados é ilustrados, en cuyas páginas se consignaban los gestos, las obras, las hazañas y maravillas del famoso inventor de la nunca bien ponderada torre.

Sea dicho de paso, para honra y gloria de Panchita, que ni se había comido el turrón, ni había abierto los pesados tomos.

II

Panchita está alegre como un jilguero. Recorre la casa trinando canciones andaluzas, sacudiendo ella misma los muebles y curiosidades artísticas de su salón, ó yendo una que otra vez á la cocina á probar cierta salsa de tomates,

indispensable aderezo sin el cual su Andrés no puede pasar chuletas, ni biftecs, ni asados de ninguna especie.

Terminados estos quehaceres, vuela al cuarto de la ropa. Acaba de ocurrírsele que faltan botones y sobran manchas en el traje que llevaba su marido ayer. Armada de un cepillo y de útiles de costura, limpia y remienda, dobla, cuelga, dispone convenientemente las diversas prendas de vestir...

En la chaqueta descubre una manchi-



Traje de comida ó de recepción

ta imperceptible que había logrado sus traerse á sus pesquisas. Esa chaqueta ¡cuánto la quiere! En los tiempos aquellos, de grata memoria, en que Andrés le hacía la corte, solía él ponerse esa bendita chaqueta... ¡y por eso ella la cuida tanto!

Los más de los días está guardada; por excepción se la suele ver en el cuerpo de su dueño. En las profundidades del bolsillo interior existe siempre, envuelto en un papel de seda parduzco, un ramo de lilas que ella le dió cuando cambiaron los anillos de compromiso.

Panchita coge entre sus dedos las marchitas flores... ¿Qué significa esto?... una hoja del mamotreto de Andrés, ahí, en el mismo bolsillo, cubierta por una escritura fina, apretada...

¡Pancha, Pancha, cuidado!... Eres tan dichosa: nada de indiscreciones. ¡Cuidado, te repito!... Un leve soplo basta para derribar los torreones más sólidos de la ventura; pasa un céfiro imperceptible, y todo el edificio se desploma.

Ea, ¿con qué fin pretendes arrebatarse á esos geroglíficos su secreto? Son quizá anotaciones sin valor, insignificantes apuntes... Sea lo que fueren, ¿qué te importa?

Pero Panchita es curiosa, ni más ni menos que todas las de su sexo; y héla ahí, devorando el contenido del malhadado papel.

¡Dios santo! ¿Qué terribles cosas lee la joven?

Palidece su frente... se enturbian sus lindos ojos... su boca se contrae y su oprimido corazón exhala un grito ahogado...

¡No es posible! Andrés nunca ha trazado esos caracteres... ¿Andrés, el marido que la ama tanto, que cada día la tiene más mimada?...

Panchita se pone á leer de nuevo.

¡Es él, sí, es él!... Reconoce su letra. Y esa hoja blanca, ¿cómo no la ha de recordar también? Es una hoja arrancada al libro de notas, al libro que ella le obsequió en otro tiempo!... ¡Qué desengaño tan horrible!

Sin embargo, se complace en jugar con el puñal que le perfora el alma, y vuelve á leer por tercera, cuarta, quinta vez las líneas siguientes:

«*Día miércoles.*—Hoy alcancé á verla... Cuando pasé debajo de su balcón, estaba ahí, radiante, deslumbradora. Al divisarme, se sonrojó, levantó la mano hasta sus labios... ¡Si me amara!

«*Día jueves.*—Día de desesperación y de congoja: no se han deleitado hoy mis ojos en la contemplación de mi Aurora adorada. Sin su amor, el mundo no existe para mí... ¡Oh! ángel extraviado en las oscuras terrenales selvas, cúbreme con tus blancas alas, ten piedad del viajero extenuado, sediento de luz, de tranquilidad y de caricias!... ¡Aurora! tez de nieve, cabellera de oro, ojos negros que fascinan y embriagan... ¿No oyes, pues, mis sollozos?... ¿No adivinas mi amor?...

—¡Se llama Aurora, tiene el pelo rubio y los ojos negros... enteramente al revés de lo que yo... ¡Hipócrita! Ayer no más me decía que yo era tan bonita! ¡Monstruo! ¡malvado! hecho todo de fingimiento y de mentira. Es falsa tu alegría, engañosa tu complacencia, de mala ley tu ternura... Naturalmente, todo lo haces para adormecer mis sospechas... ¡Dios mío! ¡Creo que me voy á morir de dolor!

¡Pobre Panchita! ¡Nunca había derramado lágrimas tantas, nunca exhalado sollozos más profundos!

Al fin, rendida por la misma violencia de su sufrimiento, se calma un poco, se incorpora, murmura frases entrecortadas... Vuelve á colocar el papel traidor en el sitio de donde lo había sacado, cuelga la ropa de su esposo, se baña la cara en agua fresca para borrar el rastro de las copiosas lágrimas vertidas, se echa una ligera capa de polvos de arroz en los carrillos, y con el alma lacerada y el amor propio herido,—Panchita es orgullosa,—se pone tranquilamente á arreglar sus maletas.

III

A las diez y media, recibió una esquela de su esposo:

«Alma de mi alma, le decía Andrés, no estés inquieta, ni te aflijas: me es imposible ir á almorzar. Recibo en este momento la nueva de una sublevación en las minas; el Consejo de Administración está citado para las once en punto. Dispongo apenas de cortos minutos para dictar las medidas más urgentes. Tan pronto como la reunión termine, volará á casa,

«Tu amantísimo.—ANDRÉS»



—¡Las minas... la reunión... la farsa y el embuste! Cuéntame todo eso ahora... Y á mí ¿qué se me da? Haga él lo que se le antoje y no me importe más con sus empalagosas zalamerías! Yo nunca me rebajaré hasta pedirle explicaciones... nunca... nunca... ¿Andrés? Le odio, le desprecio. ¡Para mí, ese hombre ha desaparecido de la tierra; su nombre sólo hace que me estremezca de horror!

IV

—¿Qué es eso? preguntó Andrés al penetrar en el cuarto, lleno de balijs, baúles, confundidos y revueltos. ¿Nos llega algún alojado?

—Nadie, señor mío... Iba á escribirle... Yo soy quien se marcha de aquí con camas y petacas.

—Te vas tú, y ¿á dónde? ¿Está enferma tu madre? ¿Le ha sucedido algo á tu padre?

—No, señor, nada ha ocurrido por ese lado, á Dios gracias. Me voy, porque... me voy, contenta, gozosa. ¿Quedarme yo en este infierno? ¡Eso, jamás!... ¿Con usted, un mentiroso, un traidor?... ¡Dios me libre! ¡Lo conozco á usted, ay, demasiado!

—¡Yo mentiroso! ¡Yo traidor! ¿Se extravía tu juicio ó me engañan mis sentidos? Porque, en entiendo, no me explico... esa actitud, ese tono, esas palabras... Panchita, ¿qué tienes? ¡Dímelo, por la virgen de la O!

El pobre mozo, horrorizado, temiendo que su mujer hubiese perdido la razón, le tendía los brazos y se esforzaba en atraerla hacia sí.

—¿Lo que tengo? exclamó ella, desasiéndose bruscamente, ¡el pícaro me pregunta lo que tengo!

—No te exaltes, no te enojas, Panchita mía. Estás irritada porque no he venido á la hora del almuerzo; pero te voy á explicar, es un asunto gravísimo...

—Sí, sí, ya estoy al corriente de los asuntos gravísimos de usted. ¡Y yo, como una idiota, echándome á perder las manos en la cocina, para darle gusto!

—Panchita, mi adorada Panchita, te juro que nunca más faltaré al almuerzo. Ahora mismo me voy á comer la deliciosa salsa de tomates, aunque esté seca ó reseca, quemada ó carbonizada; pero, por piedad, concluye con esa comedia atroz que me hace sufrir cruelmente!

—¡Una comedia! ¿Se atreve usted á decir que yo represento comedias?... Usted será el comediante, el farsante, el miserable. Adiós, caballero, no me volverá usted á ver. Me retiro á casa de mis padres, y le prohibo á usted que me siga. Además, sepa usted una cosa: le desprecio, le odio, le...

—Pancha de mi corazón, recobra tu pérdida calma, tu acostumbrado buen sentido... ¿Será verdad?... ¿Y por qué? ¡Cielo santo! ¿Qué te he hecho? No es posible que por haber faltado á un almuerzo...

—¡Qué almuerzo, ni qué niño muerto! ¿Cree usted que no conozco su conducta, que ignoro los más mínimos sentimientos de su alma? Pero, basta; no tengo para qué pedirle cuentas. Sea usted libre y... feliz. En cuanto á mí, fácil me será olvidar que he sido su esposa, se lo aseguro... Abur.

—Señora, no saldrá usted de esta casa, exclamó, por último, Andrés, fuera de sí. Yo soy su señor y dueño. Me debe usted obediencia, y se la exijo. ¿Qué cordura puede atribuirse á una mujer, cuando, por un capricho injustificable, quiere huir del techo conyugal, después de haber lanzado sobre su amante esposo las más extravagantes invectivas?

—¡Cómo! ¿Tendría usted la audacia de violentarme? ¡Eso no más faltaba; sería muy digno de un cumplido caballero! Oiga usted, le dijo, jadeante, resuelta á todo, si usted me quiere detener por fuerza, voy á pedir la separación

de cuerpo y bienes; y la conseguiré, no le quepa duda. ¿Quiere usted un escándalo? Pues, lo tendrá.

El la miraba anonadado, inerte... adivinó que realizaría su amenaza.

Desesperado, buscó inconscientemente una silla, se ocultó la cabeza entre las manos y balbuceó entre dos sollozos: —Vete, vete... si te place.

Al verlo aniquilado por el dolor, Panchita quiere correr hacia él, quiere reconciliarse. Pero... ahí en la percha está la chaqueta acusadora, y en sus bolsillos el ominoso papel. Entonces, loca, aturdida, sale precipitadamente de la estancia, y minutos más tarde, el golpe seco de la portezuela de un coche anuncia á Andrés que acaban de emigrar de su casa la felicidad y la alegría.

V

Panchita se lo contó todo á sus padres, quienes hicieron, con éxito fatal, un vehemente alegato en favor del marido.

Ella no quiso prestar oídos á ninguna buena razón. Su padre se negó á tomar á lo serio la querrela, y confió á la pasiva mediación del tiempo la favorable solución del conflicto.

Panchita recibió tres cartas de su marido, en las cuales le pedía, con cariñoso fervor, la limosna de una entrevista.

Ella contestó negativamente. La herida hecha á su confianza y á su amor de esposa todavía le ocasionaba vivo escozor. Entregada al aislamiento más completo, no quería ver á nadie; escuchaba á penas, y con disgusto á sus padres, cuando éstos trataban de aconsejarla.

Veinte días se deslizaron así, tristes y lúgubres para la pobre mujer, cuyo espíritu forjaba los proyectos más insensatos.

Una mañana recorría *La Tribuna*, que era el diario de su preferencia, el único que leía.

¿Cuál no sería su sorpresa al descubrir un artículo de crítica, referente á una obra nueva ¿de quién? de su marido, Andrés Cambiaso!

¡Su marido hombre de letras! Imposible. ¿Y cuándo viene á hacer ella ese hallazgo? Después de veinte días de separación. Durante ese tiempo, no ha podido el joven componer su libro. Es decir que cuando vivían juntos ¿el es-



Traje de niña de 2 á 5 años

cribía y se ocultaba de ella? Otro cargo en contra del desdichado Andrés.

—Manuela, dijo á la sirvienta, ahí tienes un peso, ve á la Librería Nacional, calle de Ahumada, y cómprame un libro que se llama *Un rayo de sol*. ¿No te vayas á olvidar del nombre, ¿yes? y cuidado con decir quién te manda...

Media hora después, Panchita ho-

jeaba con dedos febriles la obra de su marido.

Había leído ya unas cincuenta páginas, cuando de repente lanza un grito de indefinible expresión, mezcla de desesperación y de alegría, de desaliento y de triunfo. Toma el libro, corre como un gamo á donde se halla su madre, y cayendo de rodillas á sus pies, le señala con el dedo, velados los ojos por gruesas lágrimas, las líneas siguientes, escritas por el protagonista de la novela:

"Día miércoles.— Hoy alcancé á verla... Cuando pasé debajo de su balcón, estaba ahí, radiante, deslumbradora. Al divisarme se sonrojó, levantó la mano hasta sus labios... ¡Si me amara!

"Día jueves.—Día de desesperación y de congoja; no se han deleitado hoy mis ojos en la contemplación de mi Aurora adorada. Sin su amor, el mundo no existe para mí... ¡Oh! ángel extraviado en las oscuras terrenales selvas, cúbreme con tus blancas alas, ten piedad del viajero extenuado, sediento de luz, de tranquilidad y de caricias!... ¡Aurora! tez de nieve, cabellera de oro, ojos negros que fascinan y embriagan... No oyes, pues, mis sollozos... ¿No adivinas mi amor?"

LODOISCA MAAPAKÁ

(Continuará)

EDUCACIÓN DEL NENE

IV

Cuando no se tiene una fortuna bastante considerable para que Nene tome sus comidas en su comedorcito separa-

darle, lo más temprano posible, nociones de limpieza y enseñarle la utilidad y el manejo de los diferentes útiles de mesa.

En primer lugar, se le debe enseñar que esos útiles no son juguetes, y que solamente ha de tocarlos para servirse de ellos en la comida.

No se le debe permitir que arroje al suelo el mostacero ó la salera;

Ni tomar los caballotes para golpearlos juntos como si fuesen platillos, ó hacerlos chocar con su copa para hacer ruido;

Ni hacer pruebas con su plato, ni esgrima con su cuchillo ó su tenedor;

Ni poner su manecitas en las fuentes, para tomar con los dedos la presa que codicia;

Ni exigir, ni siquiera pedir en alta voz, sea que se le sirva primero, sea que se le dé un guiso preferido. En una palabra, hay que educarlo á esperar con paciencia que le sirvan, á que nunca pida algo, ó al menos que exprese su deseo, en voz baja, á la persona cerca de quien está sentado.

No se me oculta que este programa va á parecer bárbaro á cierto número de padres. ¡Cómo!... ¿Se contraría al Nene con motivo de semejantes pequeneces? ¿Se expondrían á oírlo gritar, á verlo llorar? ¿Y para qué? ¿Para evitar que levante un poco de alboroto, para impedirle que juegue con los objetos que están cerca de él, y todo eso porque podría molestar á los asistentes? ¡Tanto peor para éstos, si no tienen corazón, porque hay que estar desprovisto de él, para no mirar con complacencia las diversiones del Nene!

¡Ay! los asistentes tienen al servicio

de la mala educación de los niños de usted, exactamente la misma dosis de indulgencia que usted tendría para los niños ajenos, es decir, una dosis sumamente débil. Por consiguiente, no se debe contar con ella, y no hay que indignarse cuando esa indulgencia no es inagotable; usted y sus niños no tienen privilegios particulares.

En cuanto al temor de provocar gritos y llantos, él es vano: cuando no se resiste desde la primera hora á los caprichos del Nene, se ve uno condenado á oír perpetuamente sus llantos, á

ver derramar sus lágrimas, á asistir á escenas de cólera inevitables, aunque siempre se lo concedan todo, porque en un momento dado, querrá la luna y no será posible dársela.

Enderezado, desde su más tierna edad, á aceptar todo lo que le dan, en lugar de exigir lo que agrada á su fantasía, el Nene no practicará la rebelión; sabe que nada sacaría con ella.

Conozco dos niñas: Susana, la mayor, de siete años á lo sumo, y María, de cuatro. Tienen las dos entera confianza en su mamá; y cuando ésta piensa que un guiso sería demasiado sabroso ó succulento, le basta decir: "Las niñas no comen de eso," para que las chiquillas

se repitan una á otra, en tono convenido: "Las niñas no comen de eso." Este ejemplo prueba una vez más que la debilidad, lejos de conseguir la tranquilidad, provoca y mantiene la lucha en permanencia.

¿No veis al Nene queriendo beber vinos finos, exigiendo licores, coñac, ¿qué sé yo? "Oh! solamente una gota!" dirán algunos padres. No le puede hacer mal, daría pena privarlo de lo que se ofrece á las personas grandes."

No sé si su estómago se acomodará con esa precoz iniciación al uso de los licores. Pero lo que hay de cierto, es que su educación sufrirá con ello; el primer punto ganado será el punto de partida de nuevas exigencias. ¡Tan fácil sería evitarlas acostumbándose á decirle que los Nenes "no beben de eso!"

Conviene acostumbrarlo á comer con mucha limpieza, con el respeto que debe á sus vecinos. Hay niños que arrojan las sobras de su plato en el plato de su vecino, y esos niños tienen padres que están completamente satisfechos de tener hijos tan agradables. Hay algunos que con la mano armada de una pierna de pollo, la pasean amistosamente de arriba abajo por la manga del convidado cerca del cual los padres han tenido la imprudencia de colocarlo. ¡Imaginaos los sentimientos de ternura y de estimación que esos niños y esos padres inspirarán al pobre convidado!

Se le debe enseñar al Nene que una servilleta es una servilleta y que no puede hacer á la vez las funciones de un pañuelo y de un paño de platos. Por consiguiente, no se le debe permitir nunca secar con la servilleta, destinada á las comidas, su frente llena de sudor ó su nariz en apuros. Hay que enseñarle también que no se puede secar con la servilleta el cuchillo, el tenedor ni tampoco el plato. Resultaría de esa confusión de atribuciones que, al concluir la comida, la servilleta no representaría más que un trapo inmundo de grasa y de salsas de varios colores.

En resumen, es preciso cuidar de los más pequeños detalles, á fin de que el Nene no incomode á nadie y que no contraiga ningún hábito pernicioso para su estómago ó su genio.

No se trata de privarle de toda golosina, sino de impedirle desde su tierna edad el gusto por las viandas y bebidas propias de los gastrónomos que han llegado á la madurez de la vida. Porque, dándole ese gusto, se le acostumbra á sentirse privado cuando no puede satisfacerlo, á atribuir una importancia capital á un goce de orden inferior, á menospreciar la comida sencilla que, en el interés de su salud, debe ser su comida diaria.

EMMELINE RAYMOND

HIGIENE ELEMENTAL

III

El hombre, por la finura y la delicadeza de su cutis, necesita protegerse contra los ataques de los agentes exteriores, el frío, el calor, la luz, la humedad, abrigándose con un ropaje postizo.

Merced al abrigo, el hombre es, en la creación, el único sér que pueda vivir en todos los puntos del globo. El abrigo constituye, pues, en higiene, una cuestión muy importante.

La ropa, para que sea muy higiénica, ha de ser mala conductora del calor. Cuando posee esa cualidad, impide, á la vez, que el calor del cuerpo se esparza hacia afuera, y que el de afuera penetre en el organismo. Fabricada así, la ropa que protege contra el frío, preserva también del calor.

Las principales sustancias que forman nuestra vestimenta se clasifican en el orden siguiente, según su poder conductor del calor: el hilo, el algodón, la seda, la lana, el caucho, las pieles de animales. El color de la ropa ejerce también una influencia muy variada res-



Pantalla bordada

pecto del calórico. Los colores oscuros son más sensibles al calor que los colores claros.

Todas las materias que entran en la fabricación de nuestros abrigos tienen propiedades higrométricas diferentes. Entre esas varias sustancias, hay que señalar el algodón y la tela de cáñamo, que se empapan fácilmente de agua, pero que tienen también la propiedad de dejarla evaporar muy rápidamente, exponiendo así al que la usa á un brusco y peligroso resfío.

La forma del vestido está siempre en relación con las diferentes partes del cuerpo que se deben tajar.

Generalmente, es menester que la ropa no comprima ninguna parte del cuerpo, para no entorpecer los movimientos, la circulación de la sangre, la respiración, la digestión. La observancia de esa ley es obligatoria, en higiene, para el desarrollo corporal y la conservación de la salud.

La limpieza en la ropa es un deber que no se debe descuidar. La ropa blanca, que absorbe los productos de la traspiración, necesita ser renovada frecuentemente, con el fin de mantener inalterables las funciones tan importantes de la piel. Los vestidos, los pantalones, los sombreros, deben ser muy á menudo escobillados, sacudidos, limpiados, de manera que se les despoje de las suciedades y del polvo que los cubre y que son los vehículos de las enfermedades contagiosas. La limpieza de la ropa es una regla primordial en higiene.

La cama es el ropaje del hombre que duerme, del hombre que descansa de las fatigas del día. Sobre este punto, la higiene recomienda particularmente el empleo de colchones de crin, de lana ó de paja; la ventilación de la cama, todas las mañanas, antes de ser hecha, durante una hora por lo menos. Las sábanas deben ser cambiadas cada quince días por lo menos. Después de una enfermedad, la desinfección del colchón y de las almohadas es absolutamente necesaria. En fin, no hay que perder de vista que la cama ejerce una influencia considerable sobre nuestra existencia: la vida y la muerte pasan por ahí, alternativamente.

DOCTOR LABUELA

LA CANELA

Y LA FIEBRE TIFOIDEA

Se acaba de descubrir que la canela mata el microbio de la fiebre tifoidea.

El doctor Chamberland, el colaborador de Pasteur, ha verificado la potencia del nuevo medicamento.



Bordado de la pantalla

do, y que, por otra parte, uno no quiere privarse de su compañía, Nene come con sus padres.

Sin embargo, cuando se tienen convidados, á estos últimos no se les debe imponer la presencia del Nene, que podría serles engorrosa. Todo el universo no tiene para con el Nene los ojos de su papá y su mamá. Aun en semejante caso, es menester ser tanto más severo cuanto que no se tiene costumbre de serlo. En otros términos, mientras más libertad se haya dado al Nene diariamente, para evitarle molestias, menos se le deberá permitir colocarse en la mesa, donde podría causar fastidio á las personas convidadas. Importa, pues,

LA FAMILIA

PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 1.º DE MAYO DE 1891

NÚM. 18



LA HILANDERA

SUMARIO. — NUESTROS GRABADOS. — CARTA PARISIENSE, por *Ambrosina C.* — LA TORRE EIFFEL (conclusión), por *Lodoiska Maapaká.* — EL ARTE Y EL AMOR, por *Violeta.* — HISTORIA NATURAL: EL LORITO DE LAS DAMAS, por *Fulbert Dumonteil.* — LA CITA, poesía, por *Belisario Guzmán Campos.* — VARIEDADES: ARITMÉTICA AMENA, por el *Matemático de Purén.* — PENSAMIENTOS, por *J. M.* — ECONOMÍA DOMÉSTICA. — BUZÓN DE "LA FAMILIA": Correspondencia y consultas. — AGENTES DE "LA FAMILIA". — AVISOS. — FOLLETÍN.

NUESTROS GRABADOS

LA HILANDERA

Se ha dicho de Julio Janin, — y es efectivo, — que podía *simultáneamente*, jugar al ajedrez con una persona, conversar con otra acerca de asuntos artísticos, escribir un editorial político para su diario, y un folletín para otro órgano de publicidad.

La modesta hilandera que va en primera página, no pretende ejecutar tantas cosas á un mismo tiempo. A lo más maneja á la vez el huso y la rueca, y lee en un libro que parece interesarle grandemente. Mucho es eso, si se piensa que un sinnúmero de jóvenes ni ilustran su espíritu, ni ocupan sus dedos en algo útil.

CAPA REICHEMBERG

Este abrigo, siempre elegante, cómodo y nuevo, se hace con paño de fantasía color nutria, y se forra con *falla* francesa. El cuello *de talma* se ejecuta con piel de castor, ó con felpa que la imite. Los cordones que lleva la capa son del mismo color que el paño

Sombrero Cleopatra. — Es de terciopelo negro, con pluma amazona negra, lazos de cinta de terciopelo de fantasía color maíz, *crestas* de azabache.

TRAJE DE PASEO

Vestido de lana *thibet* gris plateado. Como adorno, galón plateado de dos colores, banda de plumas de avestruz del mismo color que el vestido. La pollera tiene por detrás pliegues *de monja*. La abotonadura del corpiño se oculta debajo del adorno de plumas.

Sombrero de fieltro. — Plomo oscuro. Adorno de plumas gris plateado, rosa de terciopelo plomo, cintas angostas del mismo terciopelo, que se atan por delante.

CARTA PARISIENSE

Una ceremonia budista. — Un desafío poco común. — Fortuné du Boisgobey. — El señor Corbon. — Dos artistas menos. — Exposiciones de pintura. — Un nuevo instrumento musical. — Revista de modas.

París, 23 de marzo de 1891

SEÑORA DIRECTORA DE "LA FAMILIA":

En días pasados presencié una ceremonia sumamente curiosa, gracias al primo del conde de Tseng, que se pasea en estos mundos en compañía de dos sacerdotes japoneses, capellanes de dos buques de guerra de esa nación feliz.

Te diré, pues, amiga mía, que Koïdsumi-Riutai y Yoshitsura-Hogen han encontrado una analogía notable entre el museo Guimet y los templos budistas; entonces han querido celebrar ahí la ceremonia del Hau-on-Kau, en honor de Sin-Ran.

El amable señor Milloné, director del museo, ha puesto, con mucha galantería, la biblioteca á disposición de nuestros japoneses, que, con bastante gusto, la han transformado en capilla.

Colgaduras de damasco encarnado ocultaban los libros; en el fondo se destacaba el altar, encima del cual se veía un tabernáculo de laca dorada, inmenso y abierto, con la imagen de Amida, el Boudha supremo, cuya gloria reviste la apariencia de una higuera.

En los dos lados del altar se confundían los accesorios indispensables para la celebración del oficio religioso, tales como incensarios, braseros, copas en forma de lotos, llenas de arroz, agua y pastelitos, floreros atestados de flores, campana japonesa, y qué sé yo. Dos lámparas, símbolo de la enseñanza divina, habían sido encendidas delante del tabernáculo.

Los cantos litúrgicos revelaban mucha precisión y bastante delicadeza.

Al final de la ceremonia, los dos sacerdotes debían pronunciar un discurso, pero ¿cuántos de entre los asistentes lo hubieran comprendido? Los discursos se leyeron traducidos al francés, y te aseguro que todo eso era bastante original.

* *

Un acontecimiento, inédito también, es un duelo que ha estado á punto de verificarse entre los dos famosos profesores de esgrima: Vigeant y Merignac. Acontecimiento digo, porque bien sabes tú que, así como un pastelero no come nunca sus pasteles, los hombres que enseñan á los demás el quite de tercia y el de cuarta, no se miden entre sí sino muy de tarde en tarde.

Por eso sucedió que cuando San Malato y Pons se desafiaron á singular combate, había en el terreno una tribuna, y en esa tribuna un público numeroso, lo mismo que en las representaciones de Sarah Bernhardt.

Por lo que toca á Vigeant y Merignac, la superioridad de ambos los ha convertido en rivales. ¿Cuál de los dos será el mejor? El resultado de la prueba hubiera contestado esta pregunta. Será para otra vez, entonces.

Por otra parte, no hay razón para que los maestros de armas no se midan como dos mortales baladíes. La abstención no es para ellos obligatoria, sino tratándose de aprendices ó de simples legos. Un caso como éste ha inspirado á Labiche un bonito rasgo de espiritualidad.

En una de sus comedias, un *burgués* camorrista se muestra muy impertinente con un caballero que lo recibe con la mayor sangre fría y corrección.

Un espectador de la escena lo llama aparte:

—¿Sabe usted que ese sujeto tiene demasiada paciencia y que muy bien hubiera podido pedirle explicaciones? —¡Ca! Si no corro el menor peligro: *¡es profesor de esgrima!*

* *

Casi todas las semanas, hay que hacer una cruz sobre una existencia célebre que desaparece.

Hoy, entre varios nombres que dejan sólo un recuerdo, te citaré el de Fortuné du Boisgobey, que acaba de expirar á la edad de setenta años.

Fué solamente á los cincuenta años cuando el gran folletínista principió á escribir. ¡Jóvenes literatos, amantes poetas, joviales escritores, no os desalentéis!

De 1869 á 1890, du Boisgobey escribió sesenta novelas, y en sus publicaciones encontró los medios de subsistir. Eso sí, dudo mucho que en Chile se pueda lograr esta última ventaja. Dos París no existen; mas, no sería tan difícil decir lo mismo de Santiago por lo que toca al arte y al ingenio. Menos materialismo, más sentimiento, un simple despertar...

A propósito de esto, dime en tu próxima, si los suscriptores de LA FAMILIA alcanzan ya á veinte mil. Un periódico igual, en París, tendría ya sus cien mil abonados. No hay quien lo lea aquí que no lo encuentre del todo interesantísimo.

Pero, me alejo de mi tema, que rodaba, creo, sobre la desaparición de Fortuné du Boisgobey.

Dos líneas sobre su carácter.

Era un rabelesiano. Cuando llegaba al *Lyon d'Or* para saborear solito su comida de gastrónomo, al verlo sentar-

se á la mesa, al punto se adivinaba en él á un *dilletante* del apetito.

Tragaba con respetuosa lentitud un vino predilecto. Componía su lista de platos con la colaboración del *maitre d'hôtel*, solemne y pausadamente; en seguida meditaba sobre ella. Cuando se iba, con paso un poco pesado, algunos decían: "Ahí va un hombre que se siente dichoso de vivir."

En la casa de los Hermanos de San Juan de Dios había de extinguirse el solitario parroquiano del *Lyon d'Or*. Ha muerto querido por sus colegas y sentido por sus amigos.

* *

Otro hombre notable que se ha marchado es el señor Corbon, político muy distinguido.

Era la antítesis de F. du Boisgobey. ¿Quién no le ha encontrado alguna vez en el jardín del Luxemburgo paseando se melancólicamente, con aspecto fúnebre y mirada sombría?

Tez amarilla, revuelta barba canosa, cabellera voluminosa, que parecía rebotar en un sombrero inmenso, ojo penetrante y duro, Corbon tenía trazas de un discípulo de Schopenhauer y de Alceste, cuando en realidad era... el hombre más bueno del mundo.

La muerte se ha llevado también á la encantadora artista Francine Cellier, cuyo nombre no faltaba nunca en las crónicas galantes de fines del Imperio.

¿Y esa otra hermosa cantatriz, Josefina de Reszké, creadora de *Sita* en el *Rey de Lahore*, casada después con el baron de Kronenberg?

La Opera de París recibe hoy la nueva de su muerte, que ocurrió en Varsovia, donde vivía retirada, cumpliendo su misión de amante esposa y madre abnegada.

* *

En este momento hay en París exposiciones de pintura que atraen á los aficionados y á los críticos del arte. Ayer fuí á ver los *acuarelistas*; anteayer al círculo Volney; hoy á la calle Boissy d'Anglas, que posee una exhibición artística más *high life* que su rival Volney.

En esta última exposición hay telas magníficas: Bonnat tiene ahí el retrato del duque de Aumale; Carolus-Duran, el de Billote, el paisajista; Delaunay, el de la condesa d'E...; todas obras finas, elegantes, superiores á todo elogio.

En la exposición de las mujeres-artistas predominan las obras de aficionadas. Sin embargo, he encontrado ahí telas trabajadas con una gracia y dulzura que sólo una mujer puede concebir y ejecutar.

* *

Ya que hablamos de pintores, te diré que el otro día Munckaczy, en uno de esos conciertos improvisados que los pintores suelen dar á sus nobles visitantes, ha dado á conocer una novedad: el *cacilium*, instrumento de música muy curioso. Es una especie de violoncelo con cuerdas metálicas. El señor Dujardin hace resonar bajo su arco unos cantos religiosos de sorprendente inspiración.

* *

Para terminar, una breve revista de modas.

La variedad es la ley de la moda actual. Cada día veo surgir una nueva combinación de adornos y una forma inédita de corpiño.

Para traje de ciudad se hacen vestidos de paño cuyos corpiños tienen faldones postizos, hendidos en cuatro ó cinco partes, ó si no faldones *carrick*, graduados en anchura y en altura. Generalmente hay tres de esos faldones colorados uno sobre el otro. Se hacen también corpiños de piel de Suecia de todos colores, enteramente cubiertos de bordados, que acompañan á una pollera de paño del mismo color que el corpiño; las mangas de éste están hechas con el mismo paño.

Esos corpiños, muy elegantes, pero de precio bastante elevado, están hechos con *cuchillas*, *perdidas* en el bordado. No tienen forro, con el fin de que puedan tenderse y ajustarse bien al busto. Los hacen de talle redondo, sin cintura; los abrochan sobre el hombro y debajo del brazo izquierdo; las descotaduras son muy abiertas por delante y en la espalda; los vacíos son llenados con género semejante al de la pollera. Ese género está aplicado sobre un primer corpiño hecho de tela de Irlanda ó de seda, provisto de ballenas.

Los corpiños *corseletes* se hacen de todas formas y alturas; la mayor parte están cortados en línea recta, á la altura de las *cuchillas*. Otros son cortados en curva y completados por una camisetita hecha de tejido liviano para los trajes ricos, de paño semejante al del vestido para los trajes sencillos.

Las citadas camisetas están adornadas, á veces, con tirantes de cinta, que pasan por debajo del corselete, para aparecer de nuevo sobre la pollera en forma de largas tiras, sencillas ó dobles. Otros son entreabiertos hasta el talle, y los ángulos superiores están vueltos de revés hacia afuera.

Se hacen también, principalmente para las niñas, corpiños más largos que el talle y cuyo borde inferior está ocultado bajo la parte superior de la pollera, que ahí está fruncida.

Aunque no se haya renunciado todavía á las mangas de otro género que el del corpiño, se hace también lo inverso: vestido y mangas del mismo tejido y color, corpiño de otro género y de otro color; por ejemplo, corpiño de terciopelo negro con vestido y mangas amatista, ó terciopelo granate; lo demás plomo, etc.

Para los adornos colocados de plano, se emplean de preferencia las blondas, los encajes de grandes relieves, punto de Venecia, de España, etc., de los cuales se hacen imitaciones magníficas.

Se fabrican encajes de cabritilla estampada y calada, en la que se reproducen las más finas mallas y los dibujos más delicados de todos los encajes conocidos; es una *novedad*, pero muy costosa.

El bordado de plata adquiere supremacía sobre el bordado de oro. Sobre todos los colores claros, un bordado griego de plata produce el más bonito efecto. Muy bonito se ve, por ejemplo, sobre un vestido de paño rosado viejo pálido.

Tuya afectísima,

AMBROSINA C.

LA TORRE EIFFEL

(Conclusión)



comprende, mamá, no comprende usted que lo que yo leí ese día nefastamente simples anotaciones literarias?... ¡Andrés! Andrés mío! pobre esposo! ¡cuán cruel he sido! cuánto te he hecho sufrir!

Y sin ir más allá en la lectura del dichoso libro, Panchita se viste, se pone el sombrero, abraza á sus padres y dispara, como los aquilones, en busca de su marido.

—¡Espera! te voy acompañar, le decía su madre, le gritaba su padre.

—No, no, gracias; á nadie necesito... hasta luego, volveremos los dos juntos.

VI

Diez minutos más tarde, golpeaba en la puerta del domicilio de su esposo... es decir, de su propio domicilio.

¡Ah! qué encendida estaba, de dicha, de ternura!... y cómo le palpitaba el corazón!

La puerta de calle se abre, y aparece Candelaria, la vieja sirvienta.

—¡Misiá Panchita! misiá Panchita!

Ella había entrado, empujado la puerta del escritorio de Andrés, y muda, conmovida, se había dejado caer sobre una butaca.

—¿No está en casa? preguntó, al cabo de un rato.

—¿El patrón?... ¿Entonces, no lo sabe usted, misiá Panchita? Se fué pa Uropa... ayer.

—¿Para Europa? qué me cuentas?

—Lo que le digo, pues, misiá Panchita. Yo misma lo ayudé á arreglar su equipaje... Él no tenía valor para nada. Según le oí, piensa viajar un año... Pero, ¿no recibió su *mercé* una carta esta mañana? ¿Una carta que yo fuí á dejar al correo?

Panchita se había convertido en la estatua de la estupefacción. Con tamaños ojos abiertos recorría ese cuarto que le recordaba días venturosos y tranquilos... Todo ahí presentaba ahora un aspecto de soledad y de abandono que le congelaba el corazón.

—¿Sabes tú qué vapor habrá tomado?

—No, misiá Panchita, no sé el nombre; pero creo que es un vapor francés.

La atribulada joven miró su reloj; eran las nueve y media.

Una inspiración repentina se presentó á su mente: seguir á su marido.

—El tren ordinario, pensó, sale para Valparaíso á las diez y llega allá á las cuatro y media de la tarde. ¡Quiera Dios que aun sea tiempo!

Adoptada la rápida decisión, escribe dos líneas para sus padres y recomienda á Candelaria que las lleve ella misma á su destino. Con el portamonedas bastante bien provisto, sube en un coche y, á mata caballos, logra trasladarse oportunamente á la estación.

¡Cuán largas le parecieron esas pocas horas de trayecto entre Santiago y Valparaíso! ¡Por cuántas faces sucesivas atravesó su alma durante el camino que en otras ocasiones había recorrido feliz y contenta, al lado del que ahora huía para olvidar los pesares por ella ocasionados!

¿Lo encontraría en Valparaíso? ¿No habría partido? Y si así fuese ¿qué haría ella? Entonces, ¡cuánta desolación! ¡cuánta inquietud! No, jamás cruzó por una cabecita más linda mayor número y variedad de pensamientos, ni impuso la suerte seis horas de penitencia más dura á corazón más contrito.

Por fin, héla ahí en Valparaíso. Era la primera vez que viajaba sola; esto no lo adivinaban los que veían su apostura resuelta, su paso firme, su mirada franca. Se encaminó al hotel Colón, donde la conocían; pidió al momento informaciones acerca de la salida de los vapores, y de esa manera supo que un buque francés, el *Tropique*, había zarpado en la mañana de ese mismo día, y que el *Britannia*, vapor de la P. S. N. C., se disponía á levantar anclas veinticuatro horas después. En cuanto al señor Cambiaso, había permanecido dieciocho horas en aquel hotel y se había marchado á Europa en la primera de dichas naves.

Panchita no podía creer estas voces; sin embargo, conservó una apariencia apacible delante del propietario del hotel, pidió diversos otros informes y se dirigió á la oficina de la Compañía Francesa de Navegación donde le confirmaran la desesperante noticia, es decir, la partida, en el *Tropique*, de un viajero que se llamaba Andrés Cambiaso.

No se desanimó por eso. Después de haber preguntado dónde haría escala

aquel buque, resolvió, durante la noche de insomnio que pasó en el hotel Colón, embarcarse en el *Britannia*, cuya velocidad era más considerable que la del vapor francés.

Por la mañana, muy temprano, recibió una carta de su padre con un giro de doscientos pesos. ¿Qué eran doscientos pesos para pagar su camarote de primera clase en un vapor de la rumbosa P. S. N. C.?

La necesidad aguza el ingenio: Panchita se acuerda de don Toribio Tres Estrellas, acaudalado comerciante amigo de su familia. Va adonde él, le explica en breves términos su situación, callando naturalmente lo que no le convenía revelar, le presenta sus aros, dos brillantes soberbios y de gran valor, una sortija de zafiro, también muy valiosa y le pide prestado sobre esas prendas dos mil pesos, asegurándole que su padre se apresuraría á retirarlas tan pronto como recibiese aviso del préstamo que ellas afianzaban.

El señor Tres Estrellas accedió con mucha galantería y aun se ofreció para acompañar á la joven en las diligencias preparatorias de su viaje, hasta dejarla instalada á bordo del vapor inglés.

¡Pobre Panchita! Vedla ahí corriendo tras de lo desconocido. ¿Á dónde va? Ella misma no lo sabe; su objeto actual es perseguir al *Tropique*, alcanzarlo, ganarlo en el andar. Le han afirmado que eso lo obtendría. Es decir, que en el Havre, donde indefectiblemente ha de tocar el vapor francés, ella podía esperar á su marido.

¿Lo volverá á ver? Tal esperanza le infunde aliento, reanima su alma inquieta. Sí; pero el *Britannia* no hace escala en el Havre, sino en Burdeos. ¿Tendrá ella que desembarcar ahí é irse al Havre por tierra? Para viajar en Francia se necesita poseer el francés, y Panchita no sabe de la lengua de Rousseau más que el clásico *Vande vu lescopetitii*, insuficiente, en la mayor parte de los casos, para sacarla de apuros. Asimismo, ignora la jerigonza en que S. M. B. dice á su vecino de mesa:

—Caballero, sírvase usted pasarme las patatas.

En una palabra, sólo conoce el español.

El capitán del *Britannia* destroza de la manera más amable el habla inmortal de Garcilaso; mas, Panchita es inteligente, y comprende... los signos con que el comandante ribetea su discurso.

En Talcaguano, pregunta al capitán de puerto si el *Tropique* ha pasado por ahí. ¡Fatalidad! Doce horas antes, el buque francés había abandonado la bahía.

En Punta Arenas, ¡nuevo desengaño! El vapor que conducía á su esposo había permanecido dos horas no más á la vista de ese puerto, y había tomado, en seguida, el rumbo de Río.

La belleza fantástica del estrecho en una noche de luna; después, una horrióna tempestad en el cabo de las Once Mil Vírgenes, habían conmovido su alma hondamente, y en medio del fragor de la borrasca, acudía á su imaginación la estrofa de nuestro gran poeta:

¿Por qué la mar solloza y gime el viento?

¿Por qué la nube llora?

¿Por qué cruje la entena con acento

de naufragio que implora?

¿Por qué la voz del ave es un lamento?...

Cuando en alta mar se distinguía una vela, un rayo de esperanza penetraba en su corazón. Subía á la cubierta y pre-

guntaba con interés al oficial de guardia el nombre del buque á la vista.

—¡El *Tropique*! exclamó un día el comandante. ¡Vamos á alcanzarlo!

Efectivamente, el vapor inglés no demoró en alcanzar y dejar atrás al francés. Desde donde estaba en acecho, Panchita dirigía miradas investigadoras hacia el barco que llevaba en su seno al sér que ella más quería. El catalejo le permitió discernir sombras humanas en la cubierta del *Tropique*. Andrés era una de esas sombras, seguramente, ¡y ella no podía prevenirlo, llamarlo, gritarle que su mujer, arrependida, lo buscaba, llena de desesperación!

Á unas cien millas al sur de Río, sobrevino un accidente á la máquina del *Britannia*; fué preciso detener la nave en medio del océano, apagar los fuegos y verificar algunas composuras. Se perdieron así unas veinticuatro horas.

Durante la noche, el *Tropique* volvió á ganar la delantera y llegó á Río Janeiro con ocho horas de anticipación.

Por la mañana, cuando nuestra gentil viajera supo la ventaja que había sacado el buque francés, se puso muy triste y experimentó profundo desaliento. Desde Río, el derrotero de las dos naves era distinto: la inglesa recalaría en Bahía y Pernambuco la francesa caminaba en derrechura hacia San Vicente.

Ahora bien, si su marido llegaba al Havre antes que ella, ¿cómo lo encontraría, cómo lo buscaría? ¡Pobre Panchita!

Y esa ansiedad, ese viaje loco, esas zozobras y angustias, traían su origen de una pequeña hoja de papel, causa inocente del más absurdo *quid pro quo*. ¡De lo que dependen los destinos de la humanidad! (de la humanidad de Panchita, sobre todo).

Si no relatase yo una historia verdadera, fácil y agradable sería para mí, lector discreto, imaginar una sucesión de aventuras espeluznantes, que sometieran á rudas y decisivas pruebas el valor de mi protagonista; pero, por más que lo deploro, debo narrar las cosas tal como dispuso la suerte que ellas habían de suceder.

Al llegar el *Britannia* á Río Janeiro, y cuando aún no elegía el punto donde pudiese fondear, el capitán se acercó á Panchita, y señalándole con el dedo un vapor encima de cuya popa ondulaba, á impulso de la brisa, el tricolor de Francia, le dijo:

—Ahí tiene usted al *Tropique*.

—¡El *Tropique*! ¡El *Tropique*! ¿De veras? ¿Era ello posible? ¿Dios habría escuchado, por fin, sus ardientes plegarias? ¡Iba, pues, á encontrar á su esposo, á implorar su perdón, á amarlo con infinita é inquebrantable ternura!

—Señor, dijo al capitán, le deberé á usted un servicio sin precio, algo como la vida misma, si manda usted que me conduzcan á bordo de ese navío.

El capitán ordenó al momento á cuatro marineros que aparejasen su falúa particular, y no habían transcurrido quince minutos cuando Panchita ponía los pies en la escalera del *Tropique*.

VIII

Andrés, mustio y sombrío desde que su mujer lo había abandonado, se encaminaba al Viejo Mundo para distraer su pensamiento y amortiguar su dolor.

Sabemos cuán vanas fueron todas sus tentativas para acercarse á la enojada esposa.

La víspera de su partida le había escrito por última vez, anunciándole su viaje y diciéndole que á su primer llamado volvería á Chile.



VII

La obra que había compuesto era una sorpresa que preparaba á su mujer. Por sabido se tiene que no alcanzó á realizar su propósito; al contrario, algunas notas de su libro, olvidadas en el bolsillo de una chaqueta habían hecho trizas la felicidad de su hogar.

Ese día, Andrés, estático ante el panorama grandioso que ofrece la bahía de Río Janeiro, dejaba vagar sus ojos por las aguas tranquilas, las pintorescas riberas, los montes azulejos que constiuyen el fondo del maravilloso cuadro.

Apoyado estaba sobre el parapeto de la cubierta, cuando una chalupa, en la cual venía una mujer, distrajo de repente su mirada. Al mismo tiempo acude á su memoria el recuerdo de su querida Panchita. Ella está lejos... allá en Chile... ¡tal vez su injusto enojo dura todavía!

Pero ¿á donde se dirige esa embarcación? Al *Tropique*, no cabe duda. El bote atraca, la mujer que en él viene pone el pie en la escalera... sube... Ya está arriba.

Solicitado por una misteriosa atracción, Andrés se aproxima á ella, abre tamaños ojos, y lanza un grito que se contunde con otro grito:

—¡Panchita!

—¡Andrés!

Por fortuna, no hay ahí oídos indiscretos, ni ojos curiosos que perturben las expansiones de los primeros instantes.

Renuncio á describir las circunstancias de la reconciliación; basta recordar que hubo en ella lágrimas y sonrisas, caricias tiernas y palabras sublimes.

Andrés fué con su esposa á dar las gracias al capitán inglés y á anunciarle que Panchita seguiría viaje en el *Tropique* y en más grata compañía, ya que esto podía decirse sin ofensa.

La joven no llevaba sino una pequeña balija de ropa blanca.

—En París, renovaremos tu ajuar, le dijo Andrés. Bien has hecho en no traer más equipaje: cuando se viaja, cada maleta es un estorbo... Apostaría, añadió riendo, que eres la primera señora que sale de su casa con tan pocos baúles.

Antes de salir de Río, enviaron un telegrama á los padres de Panchita, concebido así:

«Por correo va carta. Estamos en camino para la torre Eiffel.—Andrés.—Panchita.»

—¡Al fin voy á ver la famosa torre!



Y su marido feliz y satisfecho:
—Es preciso confesar que lo que la mujer desea, Dios lo quiere.

LODOISKA MAAPAKÁ

EL ARTE Y EL AMOR

Gran fiesta se preparaba en una sala de un palacio encantado. Las flores tropicales embriagaban con su delicioso perfume. Multitud de mujeres cargadas de pedrerías y de peregrina belleza, se paseaban y esperaban ansiosas que tuviera lugar la aparición de las Diosas del Arte. La Música, Pintura y Literatura debían reunirse ahí esa noche para discutir por última vez el derecho de superioridad que todas creían tener.

No tardó en aparecer la Diosa Pintura, bella mujer, de mirada altiva y orgullosa. Venía ricamente vestida con los más delicados colores de la naturaleza; su traje lo formaba el cielo, sus ojos eran dos estrellas errantes y llenas de